

Escultura funeraria en Madrid

Antonio BONET SALAMANCA
Madrid

- I. Introducción.**
- II. Cementerios urbanos.**
- III. Aristas y escultores.**
- IV. Bibliografía.**

I. INTRODUCCIÓN

En los denominados “Camposantos”, se localizan en dispar y multiplicidad tipológica las variantes arquitectónicas patentadas en sarcófagos, mausoleos, panteones, cenotafios sepulturas y enterramientos, conformadores de las actuales necrópolis. Contrasta en las sucesivas ampliaciones edilicias acometidas en tiempos recientes, la elevación en altura, junto al sucesivo alineamiento en varios pisos conforme a la funcionalidad representada e intrínseca a los nichos y columbarios, exentos de la inicial apuesta artística, adscrita desde antaño al ámbito figurativo, en el que se mueve la alegoría y el símbolo en armonizada simbiosis respecto a la escultura de carácter funerario. En la actualidad hay un replanteamiento de los estudios abordados en orden a la recuperación de la memoria perdida y agradecida como objetivo prioritario para el adecuado conocimiento de la reciente historia. El patrimonio generado en estos recintos testimonia el cotidiano discurrir biográfico junto al legado propiciado por los denominados artistas del cincel y la gubia, sin obviar, a los profesionales y artesanos encabezados entre otros profesionales, por una escogida pléyade de carpinteros, albañiles, marmolistas, forjadores y fundidores.

Se populariza y generaliza el interés y acceso hacia estos recintos convertidos en habituales “paraísos” del arte pétreo, marmóreo y bronceo. Significar igualmente la crisis del entorno escultórico ante la desaparición de reconocidas escuelas y talleres, en paralelo al acusado descenso de practicantes del oficio escultórico y de los profesionales y operarios vinculados al proceso creativo y figurativo. En la misma se involucra, la denominada escultura funeraria ante la funcionalidad y la excesiva especulación del entorno espacial que repercute, sin duda, en el descenso y la práctica desaparición de los oficios derivados de la función escultórica, a la que se acogen, entre otros, los sacadores de puntos, vaciadores, estofadores y un largo etcétera de colaboradores y “profesionales de la escultura”. La simplicidad y la eficacia funcional debilitan la retórica y la búsqueda de la belleza escultórica junto al notable incremento y acumulación de nichos y columbarios en marcado contraste frente al colosalismo nunca exento del aparatoso complejo escénico afín al invariable clasicismo imperante desde antiguo en panteones y mausoleos. En este ámbito se inscribe algunos de los asuntos y referentes alegóricos y simbólicos impresos en pétreo eternidad.

Cadáver proviene del latín, “car”, “data” y “vernium”, es decir, “carne echada a los gusanos”, por lo que, el alma carente de tumba, no tenía morada y vagaba errante.

En estos recintos de clamoroso e imperturbable silencio, por lo general bien urbanizados y mejor cuidados se acusa hoy, más que nunca, el denominado arte “sin espacio”, construcciones a las que resulta complicado el acceso además de la contemplación de una belleza afín a la plástica figurativa con predominio matérico del bronce, el mármol y la piedra. Aspecto relevante es la localización e identidad ante el denominado incremento de las “ciudades de muertos” o necrópolis, que compiten en su logística estancial con las denominadas “ciudades de vivos”. En el ámbito referencial y temático destaca el recurso y empleo de la alegoría y el símbolo sin renuncia del aspecto literario y narrativo en relación con la Pasión de Cristo y la hagiografía patronal y devocional conforme al punto geográfico de origen. Resulta común la alusión al Triunfo de la vida sobre la muerte evocada con reiteración en el gozoso episodio del Resucitado. Los cementerios, en general, participan del recuerdo conmemorativo e histórico, rubricados por retazos de la cotidiana biografía, tanto en el ámbito rural como urbano. En el más amplio y antiguo sentido se entiende por monumento se entiende la obra realizada por la mano del hombre con el recuerdo depositado en regenerar y perpetuar las hazañas personales y colectivas, siempre vivas y presentes en la conciencia de las generaciones venideras. Por otra parte, se mantiene el culto moderno a los monumentos como reclamo de su adecuada rehabilitación y conservación en la memoria común y colectiva. En este contexto se mueve la obra de arte como obra humana apreciable por el tacto, la vista o el oído, que denota un reconocido valor artístico, y que entraña un valor histórico, como algo que existió y ya no existe.

A la fase ilustrada se remiten los iniciales camposantos al prohibirse el habitual y asumido enterramiento gremial o dinástico en los denominados recintos sagrados, como fueron en origen, las ermitas, los santuarios y los templos de cualquier condición que nos remite a las antiguas basílicas e iglesias parroquiales y catedralicias. El origen y asentamiento de los actuales cementerios se acomoda a los distintos cambios y ampliaciones, a modo de renovados huertos en los que resultan habituales, entre otras muchas especies arbóreas, la presencia de espigados cipreses y consolidados plataneros sin excluir, las higueras y los sauces llorones, en conjuntada armonía con la naturaleza y la tierra de la que brotan. Predomina en la conformación arquitectónica el clasicismo subyacente, apreciable en el recurso de las aras romanas y los arcos triunfantes o las esquelas y cartelas de clara inspiración clasicista en conjunción a la incorporación de los estilos artísticos predilectos con especial incidencia en el neo-románico y el neogótico como fundamentados medievalistas parangonables con el ideario

sagrado de la muerte y el misterio. El incremento de la mortandad derivada de las catástrofes agudizan la tragedia y el drama humano, vinculada con la fenomenología de terremotos y seísmos, las epidemias y pestes, además de las grandes hambrunas como evidente recurso del simbolismo macabro presidido por esqueletos, calaveras y un amenazante bestiario presidido por serpientes, esqueletos, calaveras y un sinfín de maléficos figurantes confabulados con lo maléfico. Entre los usuales materiales empleados predominan las lápidas esculpidas en alabastro, propias del siglo XIX, en parangón a la diversidad de placas pétreas bronceas, con inclusión de cenefas cerámicas.

La afición por las antigüedades proviene del mundo greco-romano como precedente del moderno valor conmemorativo. Destaca también el aspecto literario con la proliferación de un dispar poemario recordatorio de la brevedad de la vida y la esperanza en la eternidad y el más allá. El ámbito literario abunda en las sugerentes inscripciones plasmadas en lapidarias frases, dignas del más curioso e interesante coleccionismo relacionado con la existencia y el acontecer biográfico del difunto. La heráldica constituye ineludible aspecto enmarcado en el transcurrir histórico y dinástico familiar apreciable en algunas tumbas, al igual que la pintura en símil con otras disciplinas artísticas consideradas peyorativamente de “menores”. El modernismo gusta de ser representado, junto al progreso y la técnica, con el empleo de enrejados, cercas y rejerías. Las distintas clases sociales requieren del testimonio y el reconocimiento histórico mediante la plasmación artístico-literaria. En síntesis, se precisa un pormenorizado y colegiado estudio de campo y documentación en las vertientes histórica, cultural y genealógica, en orden a desentrañar la ausencia documental y el transcurrir artístico en búsqueda de la anhelada belleza, más allá del recuerdo y la memoria agradecida.

II. CEMENTERIOS URBANOS

Los madrileños entendían que ser enterrados lejos de las iglesias les alejaba de Dios. Los actuales cementerios españoles se remiten a la monarquía borbónica durante el reinado de Carlos III, ante la necesidad constructiva de los requeridos cementerios públicos en las distintas localidades de la España plural. Y, aunque, algún cementerio público pueda ser anterior a dicha Cédula de 1787, como el denominado Cementerio del Este barcelonés (1773), en general, la mayor parte de estos recintos fueron construidos durante la centuria del XIX. En cuanto a las variantes tipológicas del urbanismo generado en los cementerios, e incorporado en la mayor parte de los países europeos, obedece a sendas versiones como respuesta al modelo anglosajón de cementerio-parque, o cementerio jardín, y al concebido como cementerio-ciudad. En el primer supuesto, los

panteones, túmulos y lápidas se distribuyen en la alfombra vegetal, a la sombra de un alineado arbolado, mientras que, en el segundo, el cementerio-ciudad, la distribución arquitectónica y espacial se inserta en manzanas comunicadas por calles, plazas y avenidas, en paralelo al asentamiento de las ciudades burguesas durante el siglo XIX.

La evolución de la relivaria nos remite a los frentes sarcofágicos con inserción de estrígiles y demás motivos vegetales previos a las figuraciones simbólicas tanto de origen pagano como cristiano. En Madrid, el cementerio General del Norte, diseñado por el arquitecto Juan de Villanueva y ubicado en la actual plaza del Conde del Valle de Suchil fue el primero que se construyó fuera de una iglesia, en 1809. Otros restos y osarios se localizaron en los Campo Santos del Espíritu Santo, edificio que en el siglo XVI ocupaba el solar donde se encuentra la actual Cámara Baja (congreso de Diputados). Numerosos artistas y escultores descansan en algunos de los señeros recintos funerarios dispersos por la extensa geografía peninsular e insular. Destaca entre otros muchos, por su antigüedad y céntrico emplazamiento urbanístico el conservado en el marco de la capital alavesa, además de los erigidos entre otras urbes, en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Málaga, convertidos en escogidos recintos para la localización de algunos de los más afamados y reconocidos escultores durante la pasada centuria.

Entre los distintos camposantos en los que se localizan algunos de los más señeros escultores y artistas figura el zaragozano de Torrero, inaugurado en 1834, y construido conforme a las normas de higiene adoptadas entre 1787, hasta 1813, que prohibían las inhumaciones dentro de las ciudades en cementerios de iglesias y conventos. Se erige por tanto, a media legua, al sur de la ciudad por ser zona alta y ventilada. En inicio su titularidad fue compartida con las parroquias de la ciudad, mientras que, en 1867 pasó a ser de propiedad exclusiva municipal. Su trazado responde a la tipología de cementerio-ciudad, con sucesivas ampliaciones, característico de las ciudades al modo latino con “Andadores”, provistos de bancos, árboles, faroles y manzanos. En 1883, el arquitecto municipal y modernista Ricardo Magdalena (1849-1910) proyectó la “Nueva Ampliación y Reforma” del citado cementerio conforme a la arquitectura historicista con utilización del ladrillo visto de corte neomudéjar. El nuevo camposanto fue inaugurado el 2 de julio de 1834, bendecido por el arzobispo Bernardo Francés Caballero con significadas ausencias de ilustres personajes de la tierra aragonesa, como fueron entre otros, el general José Palafox y Melci (Zaragoza, 28-10-1775-Madrid, 15-02-1847), enterrado en la Basílica del Pilar, el pintor Francisco de Goya (Fuendetodos, Zaragoza, 30-03-1746-Burdeos, Francia, 16-04-1828), sito bajo la cúpula de la madrileña ermita de san Antonio de la Florida, y el científico Santiago Ramón y

Cajal (Petilla de Aragón, Navarra, 01-05-1852-Madrid, 17-10-1934), sepultado en el madrileño cementerio de la Almudena¹.

En Madrid proliferan distintas variantes de recintos funerarios como fue en origen, el General proyectado por Villanueva en 1909, conocido del Norte, y el Sur, o de la Puerta de Toledo, citados por Pascual Madoz, parroquiales, municipales, públicos, privados, o los construidos por las distintas Cofradías en su acepción “Sacramental”, adscritos a las viejas parroquias madrileñas. Considerado el cementerio más antiguo de Madrid figura el de San Isidro, junto a su homónima ermita, fundado por la Real Archicofradía Sacramental de San Pedro y San Andrés en 1811, durante la ocupación francesa, prototipo del cementerio decimonónico imbuido de un innegable romanticismo reivindicador del igualitarismo ante la muerte. Antiguos cementerios perduran en países próximos donde el culto a la muerte adquiere resonancias clasicistas de tiempos previos al Imperio romano, en torno a la pirámide de Caio Cestio (s. I a.C.), junto a la muralla aureliana (270-275 d.C.), con el modelo del cementerio Acattolico, conocido “de los artistas y poetas”, o de los poetas románticos ingleses, donde yacen artistas, músicos y escritores no católicos, entre ellos el pintor alemán, Johann Christian Reinhart (1761-1847), el único hijo de Goethe, August Goethe (1789-1830), en favorable entorno paisajístico acorde con la naturaleza y los restos evocadores de antigüedad. El considerado como cementerio más célebre y visitado de Europa figura el parisino de Père Lachaise, inaugurado en 1804, como respuesta al cementerio-ciudad, estructurado a modo de urbe decimonónica provisto de avenidas y calles adoquinadas entre manzanas de panteones, túmulos y tumbas. Entre la pléyade de artistas resaltan los pintores Jacques Louis David, Jean Dominique Ingres, Eugène Delacroix, Honoré Daumier, Jean-Baptiste Corot, Camille Pissarro, George-Pierre Seurat, los músicos Gioachino Rossini y Frédéric Chopin, el escritor Oscar Wilde (1854-1900), o la soprano María Callas².

Interesante resultó la obra emprendida entre la denominada “Arquitectura de la Muerte”, por el arquitecto Enrique María Repullés y Vargas (Madrid, 30-10-1845-13-09-1922), discípulo del igualmente arquitecto Aníbal Álvarez, hijo del afamado escultor y académico *José Álvarez Cubero* (Priego de Córdoba, 23-04-1768-Madrid, 26-11-1827). Ambos figuran como representantes de la arquitectura noucentista, destacados proyectistas y restauradores de emblemáticos edificios en los años fronterizos entre los XIX y XX. Entre los proyectos edilicios destacó el de la Bolsa madrileña y la inacabada Basílica Teresiana

¹ OLIVAN JARQUE, I., *Ruta Arte Funerario*, Ed. Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 6-10.

² HERNÁNDEZ LATAS, J.A., *Lágrimas de Piedra: La Escultura en los Cementerios Públicos*, pp. 103-144.

de Alba de Tormes (Salamanca), además de la intervención restauradora efectuada en distintos templos como fueron los abulenses de san Vicente, santo Tomás, santa Teresa, y las murallas de Ávila, catedrales nueva y vieja de Salamanca, el templo de san Jerónimo en Madrid, o los panteones ubicados en las Sacramentales de san Isidro, san Justo y san Lorenzo, tres de los cementerios madrileños levantados en la orilla derecha del río Manzanares. En el primero se localiza el monumento funerario dedicado a los próceres de las artes, entre ellos, al pintor Francisco de Goya, D. Juan Meléndez en la poesía y a D. Juan Donoso Cortés en la oratoria. Destaca el diseño columnario con remate angelical o alternancia alegórica de la Fama, al culminar su construcción, resuelta en piedra blanca de Monovar en 1886, gracias a la intervención del escultor y académico, *Ricardo Bellver Ramón* (Madrid, 1845-20-12-1924), autor a su vez, del Ángel bronceo que preside el Panteón de la Familia Gandara. De idónea temática angelical, figura el que remata el Panteón del Sr. Marqués de Casa Riera, fundido en bronce por la *Casa Masriera y Campins* de Barcelona, culminado gracias al ingenio del escultor segoviano *Aniceto Marinas García* (Segovia, 17-04-1866-Madrid, 23-09-1953)³.

Reseñar la intervención del arquitecto Arturo Mélida y Alinari (Madrid, 24-07-1849-15-12-1902) para el neogótico panteón del Marqués de Amboage, al igual que, el encargado por la familia Rodríguez del Llano, en colaboración con Enrique Fort y del marmolista Alfonso Ramos, la cerrajería de D. José Prinetti y la estatuaria marmórea de tipo cristológico y angelical con bronce al exterior, procedente de los Talleres florentinos de Romanelli. Otro de los cementerios madrileños en los que predomina la escultura de tipo funerario es el de San Justo, construido en 1895. Entre los sepulcros marmóreos destaca el erigido por los escultores marmolistas *Magnani* y *Luchetti* en mármol de Carrara de 2ª clase, aplicado en el túmulo a la Familia López Miranda con remate angelical de correcta ejecución y pureza de líneas clasicistas. A las cuatro sacramentales aún existentes – San Lorenzo y San José, San Justo, San Isidro y Santa María-, y a los cementerios de la Almudena, del Este y Civil se suman en Madrid otros camposantos de carácter parroquial o municipal, además de los ubicados en los municipios anexionados a la capital, entre los años 1947 y 1954. Entre ellos sobresalen los de Carabanchel (uno parroquial y otro municipal), los dos de El Pardo (uno junto al convento del Cristo de El Pardo, y otro junto al Palacio, en el que hallaron sepultura, entre otros, los militares Luis Carrero Blanco, Camilo Alonso Vega y políticos como López de Letona y Arias Navarro. En el de Fuencarral se localiza una lápida en honor a los muertos de las Brigadas Internacionales, y en Aravaca, se encuentran las tumbas de Ramiro

³ *Panteones y Sepulcros*, s/p, Ávila, Diciembre de 1898

de Maeztu y Ramiro Ledesma Ramos, sin obviar los parroquiales de Hortaleza y Vicálvaro.

Entre los múltiples recintos de carácter funerario dispersos por la capital madrileña figuran entre otros, el interesante y desconocido Panteón de Hombres Ilustres, junto a la basílica de Nuestra Señora de Atocha. Diversos sucesos históricos nos remiten a la construcción del Panteón Nacional de San Francisco el Grande, un 20 de junio de 1869, tras un primer y fallido traslado al definitivo emplazamiento del complejo funerario diseñado por el arquitecto Fernando Arbós y Tremanti (Roma, Italia, 1846-Madrid-1916), junto a la iglesia de los dominicos levantada en 1924, en honor a la Virgen de Atocha. El anhelo de reunir a distintas personalidades representó una constante histórica asumida desde 1834, en el que, las Cortes decidieron crear un Panteón Nacional donde honrar los restos de insignes españoles. Este proyecto no fue culminado ante la dificultad de localizar los huesos de los personajes escogidos como El Cid, Viriato, Pelayo, Guzmán el Bueno, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Juan de Herrera y Velázquez. Los cuerpos de los enterrados fueron devueltos a sus respectivos lugares de origen hasta retomar el proyecto a finales del siglo XIX.

El Panteón quedó finalizado en 1901 con el traslado, entre otros, de los restos de Prim, Castaños y Palafox, junto a los mausoleos de José Canalejas, Práxedes Mateo Sagasta y Eduardo Dato, realizados por el genial y universal escultor de origen valenciano *Mariano Benlliure* Gil (Valencia, 08-09-1862-Madrid, 09-11-1947), el de Manuel Gutiérrez de la Concha, obra de Arturo Mérida, el de Antonio Ríos Rosas, de *Pedro Estany*, y el de Antonio Cánovas del Castillo, de *Agustín Querol Subirachs* (Tortosa, Tarragona, 17-05-1860-Madrid, 14-12-1909) - autor del monumento a Quevedo, del tímpano de la Biblioteca Nacional y del ático del ministerio de Fomento-, y enterrado en austera sepultura en el Patio de San Justo del homónimo camposanto madrileño. En sus cercanías se ubica el mausoleo, obra de Federico Aparici, en el que se custodian los restos de José María Calatrava, Agustín Argüelles, Salustiano Olózaga, Francisco de Paula, Martínez de la Rosa, Juan Mendizábal y Diego Muñoz Torrero⁴.

Otro enclave de innegables tintes épicos es el Cementerio de La Florida, ubicado en el distrito de Moncloa, pequeño camposanto emplazado en las proximidades de las ermitas de San Antonio de La Florida. Rememora la gesta, que en la madrugada del tres de mayo de 1808 protagonizaron casi medio centenar de madrileños ante las bocas de los fusiles (arcabuces), inmortalizados por el universal Goya. En dicho lienzo plasmó la crudeza y el alegato de la guerra contra el poder indiscriminado, y allí, en La Florida fueron enterrados

⁴ MONTOLIU CAMPS, P., *Fiestas y Tradiciones Madrileñas*, Ed. Silex, Madrid 1990, pp. 293-311.

cuarenta y tres cuerpos, de los que se ha llegado a identificar hasta veintinueve de ellos. Cementerio y Enterramiento se erigen en binomio convertido en triángulo, gracias a la Sociedad Filantrópica de Milicianos Nacionales Veteranos, entidad que, en 1917 heredó de la Congregación de la Buena Dicha y Víctimas del Dos de Mayo, el honroso compromiso de velar por esta parcela madrileña, valorada por encima de lo material como cementerio privado, uno de los escasamente conservados. Desde la óptica militar parece lícito considerar, que la Guerra de la Independencia tuvo su inicio en los sucesos acontecidos en la mañana del Dos de Mayo de 1808, ya que, más allá de una invasión armada supuso una invasión ideológica dirigida a romper los lazos tradicionales de nuestra cohesión nacional. El ejército francés, a las órdenes de Joaquín Murat, el Gran Duque de Berg, cuñado de Napoleón había situado en Madrid la considerable cifra de 36.432 hombres, mientras la defensa de Madrid no sobrepasaba los cinco mil hombres. En el cementerio de la Florida abierto al público el 2 de mayo de 1981 resta una lápida que alude a los 43 fusilados por los franceses en la madrugada del 3 de mayo de 1808 en la montaña del Príncipe Pío. Tras Murat llegaba a la capital el rey Fernando VII, que había entregado su Reino al invasor extranjero, aunque nadie lo creía, según afirma Felipe Ximénez de Sandoval, “ni una sola virtud adornó su personalidad humana, fue reaccionario por crueldad”. Fernando VII prefirió esta ausencia de ley y condenó a España a oscilar durante un siglo en ese péndulo tremendo de caprichos y arbitrariedades”⁵.

La Guerra de la Independencia propició el despertar de la conciencia nacional durante los fracasos políticos de Carlos IV y su hijo Fernando VII. La lucha contra el francés culminó con el heroísmo de algunos militares secundado por el estamento popular como rememoran algunos de los monumentos conmemorativos y enterramientos erigidos en Madrid. Entre ellos, sobresale el Obelisco en recuerdo del Dos de mayo en la Plaza de la Lealtad, en la orilla oriental del Salón del Prado, con proyecto ganador del arquitecto real, Isidro González Velasco, autor del catafalco similar al concebido para las honras fúnebres de la reina Isabel de Braganza en la basílica de san Francisco el Grande. Este obelisco marcó el inicio de la transformación del Prado como eje monumental de Madrid con edificios tan significativos como la Bolsa de Comercio y el Banco de España durante el reinado de Alfonso II, y el Palacio de Correos y los hoteles Ritz y Palace, en el de su hijo Alfonso XIII. En dicho monumento intervinieron los escultores y académicos, el riojano de origen, Esteban de Ágreda Ortega (Logroño, La Rioja, 26-12-1759-Madrid, 13-04-1842), el cordobés de origen José Tomás (Córdoba, 1795-Madrid,

⁵ APARISI LAPORTA, L.M., *El Cementerio de la Florida, Fusilamientos del Tres de Mayo de 1808*, Ed. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid 2008, p. 54.

1848), Francisco Pérez Valle (Bones, Asturias, 1804-Madrid, 1884), Sabino Medina y Peñas (Madrid, 1812-1888), y Francisco Elías Vallejo (Soto de Cameros, La Rioja, 1782-Madrid, 1858), artistas que tardarían casi veinte años en culminar las figuras simbólicas y la ornamentación del obelisco, inaugurado en 1840, durante el reinado de Isabel II, en la actualidad dedicado al Soldado Desconocido⁶.

Los templos madrileños custodian la mejor historia sublimada en escultura. La primera esposa de Alfonso XII, D^a. María de las Mercedes de Orleans (Madrid, 24-06-1860-27-06-1878), devota de la Virgen de la Almudena se involucró en la construcción de la actual catedral, si bien, al morir sin descendencia, no pudo ser enterrada en el panteón real del monasterio escurialense. El 04 de abril de 1883, el rey Alfonso XII colocó la primera piedra con trazas del arquitecto Francisco de Cubas y González Montes (Madrid, 24-03-1826-02-01-1898), marqués de Cubas y alcalde de Madrid. La cripta fue el lugar destinado al enterramiento de la Reina Mercedes y de las familias nobles y aristócratas en la actual parroquia sita en el piso bajo catedralicio, en honor a la Virgen de la Almudena. Muerto su primer constructor, le sustituyó su discípulo Miguel de Olavarría, fallecido en 1904. Enrique María Repullés, concluyó la cripta el 31 de mayo de 1911, año en que se abrió al culto, si bien, un año antes se construyó el primer pilar de la futura catedral. Juan Moya y Luis Mosteiro colaboraron en su construcción, previo el concurso convocado por el Marqués de Lozoya para el innovador y definitivo proyecto de los arquitectos Fernando Chueca Goitia (Madrid, 29-05-1911-30-10-2004) y Carlos Sidro. La cripta de planta basilical con crucero y cinco naves separadas por colosales y eclécticas columnas, alberga cabecera semicircular y deambulatorio con capilla, cubierta por bóveda de cañón sostenida por arcos fajones en la nave central y de aristas en las laterales. El recinto subterráneo de líneas medievalistas responde a la combinación de elementos románicos y góticos, en contraste con la sencillez de su fachada. Entre los enterramientos figura el de los marqueses de Cubas y Fontalba, de Urquijo, de San Juan, Maltrana, condes de Santa María de Sisle, de San Esteban de Cañongo, de Bustorredondo, y las familias Repullés, familia Curí, en el crucero de la Epístola, obra del innovador escultor tarraconense Julio Antonio, pseudónimo de *Antonio Rodríguez Hernández* (Mora de Ebro, Tarragona, 6-02-1889-Madrid, 1919). El 2 de noviembre de 2004 fue enterrado D. Fernando Chueca Goitia, artífice de la recuperación definitiva⁷.

⁶ GUERRA DE LA VEGA, R., *Guía de Madrid, Siglo XIX*, Tomo I, Impr. Monterreina, S.A., Madrid, 1993.

⁷ GARCÍA GUTIÉRREZ, P.F., y MARTÍNEZ CARBAJO, A. F., *Iglesias de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid 2006, pp. 534-557.

Otros muchos templos capitalinos acogen a ilustres personajes como la actual Colegiata de San Isidro al cobijar entre otros a los capitanes Daóiz y Velarde, trasladados a la plaza de La Lealtad. También figuran entre otros, los obispos Narciso Martínez Izquierdo (1830-1886), Leopoldo Eijo y Garay (1923-1963), Casimiro Morcillo (1974-1971) y Vicente Enrique y Tarancón (1971-1983). El templo basilical de Jesús acoge el panteón erigido por el arquitecto Luis Gutiérrez Soto en 1953, erigido a los duques de Medinaceli, D. Luis Jesús Fernández de Córdoba y Salabert y su segunda esposa, benefactores de la comunidad capuchina y patronos del nuevo templo tras la guerra civil. Reseñar la urna funeraria que contiene el cuerpo incorrupto de la copatrona madrileña, la mercedaria beata Mariana de Jesús, custodiada en el recinto conventual de Mercedarias Descalzas de la Concepción, sito entre las calles Valverde y la Puebla. De recobrada actualidad es el convento de las Trinitarias de San Ildefonso donde se dice fue enterrado el genio de la literatura universal D. Miguel de Cervantes y Saavedra, amortajado con el sayal franciscano como atestiguan algunas placas. En dicho recinto conventual profesaron dos hijas naturales de Lope de Vega y de Cervantes, Marcela – sor Marcela de San Félix, e Isabel. Otros afamados enterramientos se localizan en el convento de carmelitas de Santa Teresa de la céntrica Plaza de España donde se encuentra el cuerpo incorrupto de fray Juan Miseria, cercano a los escasos restos conservados del pintor aragonés, trasladados en 1919 a la ermita de San Antonio de La Florida.

Ilustres restos y apellidos se custodian en la neogótica parroquial de la Concepción de la calle Goya, entre ellos, la escritora gallega D^a Emilia Pardo Bazán, la familia de Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Ossorio o, el Marqués de Murrieta entre otros bienhechores. Reclamadas reliquias alberga el céntrico templo jesuita de San Francisco de Borja al acoger los restos de Diego Laínez y Francisco de Borja, además del sepulcro con el cuerpo incorrupto del también jesuita san José María Rubio, y del que fuera capellán de la legión, Fernando de Huidobro y Polanco. Otro singular recinto eclesiástico de carácter funerario es el de Salesas Reales, ordenado construir por la reina Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI. El enclave conventual fue consagrado el 25 de septiembre de 1757 por D. Manuel Quintano Bonifaz, arzobispo de Farsalia e inquisidor general. En su interior se conservan los restos de Fernando VI, en sepulcro encargado por su hermanastro Carlos III al arquitecto Francisco Sabatini (Palermo, Italia, 1722-Madrid, 19-12-1797), y resuelto por el escultor académico y abulense, *Francisco Gutiérrez Arribas* (San Vicente de Arévalo, Ávila, 1727-Madrid, 1782). Conforme a la descripción del profesor Portela Sandoval: “En el sepulcro, que se alza sobre un zócalo de mármol gris, se yerguen, a los lados de un convexo pedestal de mármol jaspeado en el que luce una inscripción, dos colosales estatuas de la Paz y la Justicia. Más arriba, dos

leones de bronce dorado a fuego sostienen el sarcófago que, en forma de trapecio invertido, muestra en su frente un marmóreo bajorrelieve simbolizando las Bellas Artes tuteladas por la Corona. Sobre la urna, dos niños llorosos, uno arrodillado mientras el otro infante, a la derecha, lleva en su mano izquierda una espada y con la diestra trata de enjugarse las lágrimas. Encima, retranqueada contra el muro, una pirámide truncada rematada por Cronos, el tiempo, sentado, encadenado y sosteniendo con la mano izquierda un medallón con la efigie del rey difunto, En la clave del arco del nicho, el escudo real sostenido por la Fama y un amorcillo rodeado por el collar del toisón de Oro, en bronce dorado”. Más sencillo resulta el sepulcro de D. Bárbara, diseñado por Sabatini y ejecutado por Juna de León⁸.

Próximo al citado sepulcro real se localiza el destinado al general D. Leopoldo O'Donnell, primer duque de Tetuán, diseñado en estilo neoplateresco por Nicolás de Mendivil y ejecutado en 1870, por el escultor catalán *Jerónimo Miguel Suñol y Pujol* (Barcelona, 1840-Madrid, 1932) en mármol blanco y forma piramidal. El palaciego edificio de la Granja de San Ildefonso acoge los restos de Felipe V, padre de Fernando VI, y por tanto, ajenos al Real Panteón escorialense. Cierro el itinerario por los distintos templos madrileños con el sepulcro del presbítero y diplomático Jacobo de Grattis (Módena, Italia, 1517-Madrid, 1619), en su homónimo Oratorio del Caballero de Gracia, ubicado en la zona alta sobre repisa, conforme al diseño de Custodio Moreno bajo la dirección del arquitecto Juan de Villanueva y de Montes (Madrid, 15-09-1739-22-08-1811). Entre los monumentos de tipo funerario y conmemorativo figura el de las Víctimas del Atentado de las Bodas Reales, en la calle Mayor, 79, obra del escultor Aniceto Marinas en 1906, aunque demolido durante la guerra civil fue rehabilitado en 1963, por *Federico Coullaut Valera* (Madrid, 25-04-1912-La Granja de San Ildefonso, Segovia, 13-10-1989). En la lápida marmórea figura: “En Memoria de las Víctimas del Atentado contra SS.MM. D. Alfonso XIII y D. Victoria Eugenia, El 31 de Mayo de 1906”. Preside la misma, un Ángel acusado naturalismo y carácter narrativo⁹.

III. ARTISTAS Y ESCULTORES

Muerte y arquitectura nos remiten en el tiempo reciente hacia un pasado partícipe de ideario medieval ante la carga simbólica de torreones, agujas y ojivas en contraste con la reclamada vanguardia artística. Por otra parte, allí

⁸ ÁLVAREZ, M., *Cementerios de Madrid, Memoria Sepulcral de la Ciudad*, Ed. La Librería, Madrid 2006.

⁹ GAJATE GARCÍA, J.M., *La obra Escultórica de Lorenzo y Federico Coullaut-Valera en Madrid*, Safel Editores, Madrid 1997, pp. 159-162.

donde hay un artista enterrado suele presidir un motivo referencial en relación al controvertido oficio de la gubia, como acontece en el supuesto de los escultores enterrados en los principales camposantos de la capital madrileña. Recalar en el abordaje de una pormenorizada y colegiada investigación de doble vía, tanto de campo como documental ante la amplitud temática generada, junto a la procelosa tarea de localizar presencial y físicamente el enterramiento de los distintos artistas dispersos en otros tantos cementerios capitalinos. En las diversas lápidas y cartelas, resueltas, bien en bronce, mármol, hierro o piedra, se constata con minuciosidad cronológica, la fecha de nacimiento y fallecimiento del finado, sin obviar, en general, el referente escultórico que preside el descanso del artista. Predomina la temática escultórica de carácter funerario en los asuntos alegórico-simbólicos vinculados con el hecho religioso sin excluir el tono narrativo en sinonimia a los aspectos retratístico, alegórico y sígnico, apreciables en algunas de las tumbas de toreros, cantantes y actores.

El manifiesto y actualizado interés hacia la escultura funeraria en general participa de la recuperación de la memoria histórica proyectada en la proliferación de distintos estudios relacionados con la sectorialización de los camposantos y el arte patrimonial generado desde los respectivos inicios constructivos. Existen fundadas muestras y referentes bibliográficos del clasicismo arquitectónico y escultórico generado en Italia y Francia con ejemplos encarnados en algunos de los cementerios localizados en la periferia urbana de París, Milán, Florencia o Génova. Durante el siglo XIX, no sólo intensificó la valoración del tiempo histórico, también se fomentó el interés hacia el patrimonio arquitectónico y artístico en general, además de su defensa y reconocimiento legal. Es necesario el estudio dirigido al reconocimiento histórico-artístico del patrimonio encarnado en panteones, mausoleos y monumentos funerarios, junto a la propuesta y calificación de bienes de Interés cultural conforme a la legislación vigente¹⁰.

Destacar la complacencia del artista, a inicios de la pasada centuria, como aportación y respuesta al ciclo natural de génesis y destrucción. El proceso de creación y extinción resta garantizado, incluso cuando otros monumentos hayan ocupado el lugar de los actualmente existentes. El valor histórico considera que el monumento original es por principio intocable, dispar al valor de antigüedad, por lo que, queda pendiente la tarea por descubrir el significado liberador del concepto evolutivo. El valor histórico representa el valor de conservación al pretender, que todo perdure en su estado actual, frente al valor de antigüedad, que valora el pasado exclusivamente por sí mismo. El valor conmemorativo intencionado aspira de forma rotunda a la inmortalidad, al eterno presente, al permanente estado de génesis. Sin restauración, los monumentos empezarían

¹⁰ Ley 16/1985 del Patrimonio Histórico Español.

de facto a dejar de ser intencionados, por lo que el valor de antigüedad es, por naturaleza, enemigo mortal del valor conmemorativo intencionado. Todo monumento posee para nosotros un valor artístico conforme a la concepción moderna, si responde a las exigencias de la moderna voluntad del arte sometido a un continuo cambio, por lo que, el valor innovador representa el mayor adversario frente al valor de antigüedad. La intervención monumental en el siglo XIX, se sustenta de los postulados de la originalidad de estilo (valor histórico), y de la unidad de estilo (valor de novedad). En su raíz, el arte religioso y el profano confluyen, ya que, hasta inicios de la Edad Moderna no hubo diferencia de principios entre ambos¹¹.

Madrid contó desde antaño con sendos quemaderos, uno en la calle Serrano, en desuso desde 1734, donde se alzó la plaza de Toros de la Puerta de Alcalá y otro, en la actual Glorieta del que fuera alcalde capitalino, el jiennense de origen, Joaquín Ruiz Jiménez, con sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Justo. La Real e Ilustre Archicofradía Sacramental de San Miguel, Santa Cruz, Santos Justo y Pastor y San Millán, conocida de San Justo con origen en la primitiva de San Miguel, erigida el 26-05-1552. Por Real orden de 08-03-1811, le fue concedido real privilegio a la Sacramental de San Isidro para construir al lado de la Ermita titular y patronal, un cementerio propio, confirmado por Fernando VII, el 14-02-1829. El cementerio de San Pedro y San Andrés, posterior de San Andrés, tuvo su origen en 1811, durante el mando de José Bonaparte al hacer cumplir los preceptos de prohibir los enterramientos en las iglesias. El segundo fue el General del Norte, por disposición de José I, en 1809, en la cima del Cerro de las Ánimas, pared por medio de San Isidro. Entre sus insignes inquilinos resalta el patrimonio acumulado, con el Ángel que preside el panteón de Ayala, de los hermanos *Agapito Vallmitjana i Barbany* (Barcelona, 1850-1915) y *Venancio* (Barcelona, 1826-1919), los medallones de José Trilles, un San Juan para la Familia Salas, de *Luis Antonio Sanguino Pascual* (Barcelona, 13-08-1934). Resalta entre los artistas, la reclamada intervención de *Benlliure*, con el busto bronceo que custodia los restos del pintor Castor Plasencia (1804-1886). Singular es la tumba del escultor *Sabino Medina y Peñas* (Madrid, 1812-1888), autor de la estatua erigida al pintor Murillo para Sevilla con réplica en Madrid, y entre los Mausoleos, los diseñados al músico Federico Chueca, de *Pedro Estany Capellá* (Castellón de Ampurias, Gerona, 1865-Madrid, 1923), al pintor Vicente Palmaroli González (Zarzalejo, Madrid, 1834-Madrid, 25-01-1896), del artista L. Miecz Zawiesjski, a Luis Miranda, apoderado del que fuera torero, Lagartijo, el concebido como Panteón de Hombres Ilustres que acoge, entre otros personajes, a Blanca de los Ríos, Carlos Latorre, Manuel Bretón de los Herreros y Eduardo Marquina, a la

¹¹ RIEGL, A., *El Culto Moderno a los monumentos*, Ed. Antonio Machado, Madrid 2008.

soprano Lucrecia Arana y al escultor *Rafael Romero Flores* (1896-1956), a la actriz Jerónima Llorente orlado con el relieve del palentino *Victorio Macho Rogado* (Palencia, 23-12-1887-Toledo, 13-07-1966), enterrado a los pies del palentino y colosal monumento presidido por el Cristo del Otero¹².

En la Comunidad de Madrid se datan hasta 260 camposantos, si bien, hasta 1876, y con visión de un futuro ensanche, no se decidió construir el gran cementerio del Este (de La Almudena), primero en España en contar con horno crematorio. A las cuatro sacramentales aún existentes -San Lorenzo y San José, San Justo, San Isidro y Santa María- y a los cementerios de la Almudena, del Este y Civil se suman en Madrid diversos camposantos, algunos de ellos parroquiales y otros que pertenecen a sus municipios anexionados entre 1947 y 1954. En la necrópolis del Este, en el límite de Madrid con Vicálvaro, destaca su pórtico de entrada, de planta semielíptica compuesta por galerías de arcos con tres centrales y cúpulas sobre columnas, flanqueado por sendos edificios administrativos. En el eje central se encuentra la capilla de corte bizantino-búlgara y modernista planta de cruz griega, rematada por un ángel apocalíptico, diseñada por el arquitecto Teodoro de Anasagasti y Algán (Bermeo, Vizcaya, 1880-Madrid, 1938). En dicho recinto figuran entre otros, los mausoleos de la familia Flores, las cenizas del cantante el Fari, o los cuerpos del profesor Tierno Galván, el escritor Francisco Umbral, el editor Jesús Polanco, el escritor Vicente Aleixandre, el político Niceto Alcalá Zamora, el médico Santiago Ramón y Cajal, o la actriz Ema Penella. Entre sus originales tumbas figuran las dedicadas al toreo y el circo (el domador González Cachero)¹³.

Existió el rumor de que la necrópolis del Este fuera construida para albergar y dar sepultura a suicidas, amancebados, niños sin bautizar y herejes que la Iglesia Católica no quería. Hasta no hace mucho y separado del católico se localizaba el cementerio civil donde están enterrados entre otros, Pablo Iglesias, Dolores Ibarruri, pasando por Nicolás Salmerón, Julián Besteiro, Largo Caballero, Américo Castro, Pío Baroja o Arturo Soria. El denominado cementerio del Este, o de la Almudena, madrileño acogió un primer sepelio, el 13 de septiembre de 1884, frente a otros camposantos dedicados a san Lorenzo, y a Chamartín de la Rosa, en los aledaños de su homónima estación ferroviaria. Algunos, reservan interesantes relatos y curiosidades, como el de Fuencarral, que alberga el monumento a los brigadistas, erigido a la memoria de los casi 200 soviéticos que murieron durante la guerra civil española, si bien, se constata

¹² PINO GUTIÉRREZ, J.A., *Cementerio de la Sacramental de San Justo de Madrid*, Iberográficas, S.A., Madrid 1995.

¹³ ÁLVAREZ, M., *Cementerios de Madrid, Memoria Sepulcral de la Ciudad*, Ed. La Librería, Madrid 2006.

la incineración de algunos cadáveres cuyas cenizas fueron arrojadas a los vertederos, reflejo del aparato inquisitorial. Entre las tumbas de renombrados artistas figuran, entre otras, las erigidas a los escultores *Lorenzo Coullaut Valera* (Marchena, Sevilla, 12-04-1876-Madrid, 21-08-1932), discípulo del sevillano *Antonio Susillo* (Sevilla, 18-04-1857-22-12-1896), y al madrileño e hijo del primero *Federico Coullaut Valera*, heredero de la exitosa estela artística paterna. Renombrados artistas de la anterior centuria permanecen en la colosal necrópolis madrileña como el extremeño *Gabino Amaya Guerrero* (Puebla de Sancho Pérez, Badajoz (16-04-1896-Madrid, 23-08-1979), apodado “El Gitano”, autor de distintas esculturas e imágenes religiosas destinadas a su tierra pacense, Madrid y Linares (Jaén), junto a los segovianos de origen *Aniceto Marinas*, autor de afamados monumentos como el dedicado al pintor Velázquez que preside la entrada del Museo del Prado, a Eloy Gonzalo y al Dos de Mayo en la capital madrileña, al igual que, sendas tallas procesionales de la “Soledad al pie de la Cruz”, en 1930 y del “Crucificado en su Última Palabra”, en 1947, donadas para la segoviana parroquia de San Millán. Meritorio es el legado de su discípulo *Florentino Trapero Ballester* (Aguilafuente, Segovia, 16-10-1893-Madrid, 04-08-1977), protagonista en 1958 del grupo “Piedad” para el claretiano templo basilical del Inmaculado Corazón de María, e involucrado en el proceso restaurador de la catedral seguntina, y de buena parte de la imaginería destinada a Zamora durante la etapa de posguerra, al gubiar en 1950, el popular conjunto procesional de la “Entrada de Jesús” para dicha capital. Entre la pléyade de discípulos de Benlliure se aprecia la meritoria y heráldica muestra relivaria del madrileño *Mariano Rubio Giménez* (Guadalix de la Sierra, Madrid, 25-05-1897-Madrid, 27-08-1967), artífice de la titular pasionista en 1953, para el templo madrileño de Santa Gema y de las imágenes del Crucificado de la Buena Muerte y La Dolorosa, a los pies de su templo¹⁴.

Destacar en el cementerio General de Valencia, las sepulturas entre otros artistas de la tierra, del renovador escultor *José Capuz Mamano*, (Valencia, 29-08-1884-Madrid, 09-03-1964), autor de buena parte de la imaginería marraja, procesionada en Cartagena, además del “Crucificado de la Fe”, en 1945 para la semana santa madrileña, y de las estatuas ecuestres bronceas erigidas a Francisco Franco, retiradas sucesivamente de Valencia, Santander y Madrid. En el recoleto y visitado camposanto del Cabañal valenciano se encuentra la sepultura del admirado artista *Mariano Benlliure*, resuelta a sus 75 años en memoria de sus padres. Su prolífica producción escultórica se dispersa en distintos países, por lo que, en síntesis, tan solo, reseñar los Mausoleos emplazados en el madrileño Panteón de Hombres Ilustres, en honor a Mateo Sagasta, 1904, José Canalejas, 1915, y Eduardo Dato en 1922, o, el levantado

¹⁴ BONET SALAMANCA, A., *Escultura Procesional en Madrid*, Ed. Pasos, Madrid 2009.

en 1926 al torero Joselito, “El Gallo” para el cementerio sevillano de San Fernando, inaugurado en 1852, en sabia combinación de bronce y el mármol, en popularizado y sentido duelo funerario. Sobresale el dedicado en Valencia, a la Familia Moroder en 1907, sin olvidar los distintos grupos imagineros resueltos en 1877, para Zamora, de “Descendido”, y Redención en 1931, en contraste con la postrera y madura pieza madrileña y escolapia del “Divino Cautivo”¹⁵.

Prolífica resulta la relación de artistas inhumados en los cementerios del Este barcelonés, construido por Antonio Ginesi (Italia, 1791-Barcelona, 1824), en 1818, además del meritorio “Crucificado de las Mieles”, del citado Antonio Susillo en el cementerio de Sevilla. Las actuales fórmulas de enterramiento, entre las que prima la incineración, cuestionan el estudio histórico-artístico de algunos de sus protagonistas, como acontece con la reciente desaparición del inequívoco referente de la escultura y la fundición en anterior centuria, del recordado, de feliz memoria, *Eduardo Capa Sacristán* (Coca, Segovia, 05-01-1919-Madrid, 24-07-2013). En la revitalización de los cementerios reseñar, la existencia y función desarrollada por la denominada Pía Unión de Hermanos Fossoreos de la Misericordia, Congregación religiosa nacida en Guadix en 1953, para el ejercicio y la práctica de la séptima Obra de Misericordia en su doble vertiente corporal y espiritual: “Enterrar a los muertos” y “rogar a Dios por los vivos y difuntos”. Tras una primera fase expansiva por diversos Camposantos de la geografía española, perduran en la actualidad, presentes con sendas comunidades, en Guadix y Logroño¹⁶.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, M., *Cementerios de Madrid, Memoria Sepulcral de la Ciudad*, Ed. La Librería, Madrid 2006.
- ÁLVAREZ, M., *Memoria Monumental de Madrid, Guía de Estatuas y Bustos*, Ed. La Librería, Madrid 2003.
- APARISI LAPORTA, L.M., *El Cementerio de La Florida (fusilamientos del Tres de Mayo de 1808)*, Ed. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid 2008.
- Biblioteca del Resumen de *Arquitectura, Panteones y Sepulcros en los Cementerios de Madrid*, Diciembre de 1898, UNED Ávila (Facsimil, 1991).

¹⁵ AA.VV., Mariano Benlliure, *El Dominio de la materia*, Ed. Comunidad de Madrid y Comunidad Valenciana, Exposición Itinerante, Madrid 2013.

¹⁶ Hmnos. Fossoreos de la Misericordia, 50 Años de existencia, 1953-2003, Impr. Porcel, Guadix (Granada), 2003.

- BONET SALAMANCA, A., *Escultura Procesional en Madrid (1940-1990)*, Ed. Pasos, Madrid 2009.
- CASANOVA, J., *Rutas del Cementerio de Torrero, Un Lugar de Memoria (1936-2010)*, Ed. Ayuntamiento de Zaragoza 2010.
- CATALÁ GORGUES, M.A., *El Cementerio General de Valencia, Historia, Arte y Arquitectura, 1807-2007*, Ed. Carena Editores, Valencia 2007.
- ESCUDERO RAMOS, J. M^a, *Curiosidades de los Cementerios de Madrid*, Ed. La Librería, Madrid 2014.
- EXTRAMIANA, M., *57.072 m2 de Arte y memoria, Cementerio de Santa Isabel de Vitoria-Gasteiz*, Ed. Ayuntamiento de Vitoria, 2012.
- FERNÁNDEZ DELGADO, J.; PASAMONTES, M., y VEGA GONZÁLEZ, M^a J., *La Memoria Impuesta, Estudio y Catálogo de los monumentos Conmemorativos de Madrid (1939-1980)*, Ed. Ayuntamiento de Madrid 1982.
- GÓMEZ DE RUEDA, I., *El arte y el recuerdo, Formas Escultóricas de la Muerte en los Cementerios de Murcia hasta las Primeras décadas del Siglo XX*, Ed. Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia 1998.
- MONTOLIU CAMPS, P., *Fiestas y Tradiciones Madrileñas*, Ed. Sílex, Madrid, 1990.
- MORALES SARO, M^a C., “Paraísos de mármol. La imagen del ángel en la escultura funeraria modernista”, en *Cuadernos de arte e iconografía* (Madrid), n. 4 (1984).
- OLIVÁN JARQUE, I., *Rutas del Cementerio de Torrero*, Ed. Ayuntamiento de Zaragoza 2010.
- PANTORBA, B. de, *Historia y Crítica de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes Celebradas en España*, Ed. Jesús Ramón García-Rama, J., Madrid 1980.
- PINO, J. A., *Cementerio de la Sacramental de San Justo*, Impr. Ibergráficas, S.A., Madrid 1995.
- REYERO, C., *Escultura, Museo y Estado en la España del siglo XIX, Historia, Significado y Catálogo de la Colección de Escultura Moderna, 1856-1906*, Ed. Fundación Eduardo Capa, Alicante 2002.

- RIEGL, A., *El culto moderno a los monumentos*, Ed. Antonio Machado Libros, Madrid 2008.
- RÍO, Á. del, *MADRID para morir... de risa y de asombro, Horror, curiosidades y excentricidades con la muerte en historia de la Villa*, Ed. La Librería, Madrid 2010.
- SAGUAR QUER, C., “El Cementerio del Este de Barcelona. Antonio Ginesi y la crisis del vitruvianismo”, en *Goya* (Madrid), nos. 241-242 (1994).
- SAGUAR QUER, C., “Arquitectura y escultura en el cementerio de la Sacramental de Santa María”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* (Madrid), Tomo XXXVII (1997).
- SOCORRO SALVADOR, M^a, *La Escultura Monumental en Madrid, Calles, Plazas y Jardines Públicos (1875-1936)*, Ed. Alpuerto, Madrid 1990.
- VELASCO ZANO, A., *Recintos Sagrados de Madrid*, Ed. Ayuntamiento de Madrid 1951.

